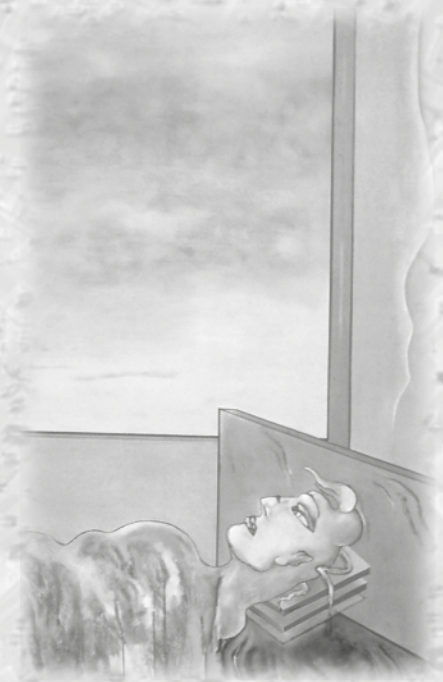




Identidad nacional y cambio cultural en Costa Rica durante la segunda mitad del siglo XX

Iván Molina Jiménez


EDITORIAL
UCR

Serie
Cuadernos de Historia
de las Instituciones de Costa Rica

11

**Identidad
nacional y
cambio cultural
en Costa Rica
durante la
segunda mitad
del siglo XX**





#QuedateEnCasa



Universidad de Costa Rica
Escuela de Historia
Cátedra de Historia de las Instituciones de Costa Rica

Comisión Editorial
Cátedra de Historia de las Instituciones de Costa Rica

M.Sc. Ana María Botey Sobrado
M.Sc. Manuel Calderón Hernández
Licda. Ana Cecilia Román Trigo

Identidad nacional y cambio cultural en Costa Rica durante la segunda mitad del siglo XX

Iván Molina Jiménez



#QuedateEnCasa

306

M722i

Molina Jiménez, Iván, 1961-

Identidad nacional y cambio cultural en Costa Rica durante la segunda mitad del siglo XX / Iván Molina Jiménez. – 1. ed., 3a. reimpr. – San José, C.R. : Edit. UCR, 2015.

49 p. – (Cuadernos de Historia de las Instituciones de Costa Rica ; 11)

ISBN 978-9977-67-806-1

1. EVOLUCIÓN SOCIAL. 2. CULTURA. 3. ETNICIDAD. 4. ACULTURACIÓN. 5. IDENTIDAD CULTURAL. I. Título. II. Serie.

CIP/2826

CC/SIBDI.UCR



#QuedateEnCasa

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica. Primera edición 2003.

Tercera reimpresión 2015.

La EUCR es miembro del Sistema de Editoriales de Centroamérica (SEDECA) perteneciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

La forma y el contenido de esta edición son responsabilidad exclusiva de la Cátedra de Historia de las Instituciones de Costa Rica.

Fotografía de portada: “Remembranzas”. Óleo sobre tela de Otto Apuy. 1985. Colección Museo de Arte Costarricense.

Diseño de portada: Everlyn Sanabria.

© Editorial Universidad de Costa Rica, Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. Costa Rica. Apdo. 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257 • administracion.siedin@ucr.ac.cr www.editorial.ucr.ac.cr

Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

Impresión bajo demanda en la Sección de Impresión del SIEDIN, fecha de aparición, mayo 2015. Universidad de Costa Rica. Ciudad Universitaria Rodrigo Facio.

ÍNDICE

Introducción	1
1. La expansión urbana	2
2. Poder de compra y consumo	9
3. Cultura de masas y transculturación	14
4. Etnicidad y género	20
5. Culturas de clase	27
Epílogo	34
Notas	39
Acerca del autor	51

Ejemplar sin
valor comercial



#QuedateEnCasa



#QuedateEnCasa



EDITORIAL
UCR

Ejemplar sin
valor comercial

IDENTIDAD NACIONAL Y CAMBIO CULTURAL EN COSTA RICA DURANTE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX

Iván Molina Jiménez

INTRODUCCIÓN

El periódico *La Nación*, en su edición dominical del 21 de febrero de 1999, publicó un extenso artículo titulado "Ticos hacia el 2000", en el cual ofrece los resultados de una encuesta de opinión sobre las actitudes y los puntos de vista de los costarricenses en vísperas del próximo siglo. Esta información, que fue titular de primera plana, viene ilustrada con una amplia foto, en la que se ven dos varones y dos mujeres de rostros muy serios, cuyo vestuario permite asociarlos con distintos trasfondos sociales: una estudiante, un campesino, un ejecutivo y un ama de casa. Las cuatro personas que sirvieron de modelos, sin embargo, comparten una característica común: todas son de piel blanca, y dos incluso exhiben una rubia cabellera.¹

La composición étnica de la foto de *La Nación*, en la que están ausentes los ticos de origen afrocaribeño, asiático, indígena y mulato, hubiera tranquilizado sin duda a Clodomiro Pizado, el más destacado científico costarricense del siglo XX, quien en mayo de 1939 publicó una carta en el Diario de Costa Rica en la cual sostenía:

"¡NUESTRA SANGRE SE ENNEGRECE!, y de seguir así, del crisol no saldrá un grano de oro sino un pedazo de carbón. Puede que aún sea tiempo de rescatar nuestro patrimonio sanguíneo europeo que es lo que posiblemente nos ha salvado hasta ahora de caer en sistemas de africana catadura, ya sea en lo político o, ya en aficiones que remedan el arte o la distinción, en tristes formas ridículas."²

La preocupación de Picado en 1939 y la foto de *La Nación* de 1999 son dos expresiones claras y directas de la identidad nacional configurada por los políticos e intelectuales liberales en la Costa Rica de fines del siglo XIX. La imagen de una república agrícola, igualitaria, pacífica y blanca, aunque ubicada en una geografía equívoca (es decir, no en el corazón de Europa, o por lo menos cerca de Chile, Argentina o Uruguay, sino a la par de la "plutónica" Nicaragua),³ es una construcción cultural que se resiste a desaparecer, pese a los decisivos cambios experimentados por la sociedad costarricense a partir de 1950.

1. LA EXPANSIÓN URBANA

La Costa Rica de inicios de la década de 1950 era esencialmente rural: el 66,5 por ciento de la población vivía en el campo y, en términos ocupacionales, el 55 por ciento de las personas económicamente activas, laboraban en el sector primario, sobre todo en la agricultura.⁴ La vida cotidiana era definitivamente local y, fuera de movimientos migratorios impulsados por los procesos de colonización agrícola o una fuerte oferta de empleo asalariado (particularmente en el caso de las

compañías bananeras localizadas en Puntarenas y Limón), los costarricenses se desplazaban poco y su lugar de trabajo solía estar cerca de su vivienda.

La capital del país, San José, todavía no alcanzaba los 90.000 habitantes en 1950, en tanto que los cascos centrales de Alajuela, Cartago y Heredia albergaban, cada uno, menos de 15.000 almas, y las ciudades menores tendían a oscilar entre 2.000 y 5.000 personas.⁵ El conocimiento personal entre sus moradores era una de las características básicas de estos pequeños universos urbanos: dominados por edificaciones de una sola planta, con sus escuelas, cantinas, iglesias, plazas, cines, mercados, oficinas públicas y fábricas y talleres artesanales, constituían el eje comercial, cultural y administrativo de su entorno agrario.

Las jerarquías sociales de estas ciudades, con excepción de las de San José, se encontraban poco diversificadas ocupacionalmente, ya que sus ingresos provenían ante todo de la agricultura y el comercio; su nivel escolar era limitado, pues a lo sumo podían ufanarse de haber completado el colegio; y sus estilos de vida, en los que prevalecían el conservadurismo, el catolicismo y el anticomunismo, eran poco cosmopolitas. El provincianismo de sus elites era una de las bases de las identidades locales de tales espacios urbanos, cuya sociabilidad informal y vida cívica tenían por pilares las funciones de cine, los partidos de fútbol y los conciertos ofrecidos por las bandas municipales una o dos veces a la semana.

El caso de San José era diferente, ya que, pese a su pequeñez demográfica, esta "metrópolis en miniatura" (como la definió Gray Casement en 1905)⁶ era el asiento de los sectores más poderosos del país, económica y políticamente, y de un submundo criminal y marginal ya especializado; concentraba el grueso de los círculos de artistas, intelectuales y científicos, y su oferta cultural era amplia y diversa. El casco josefino, en

el que confluían los principales grupos organizados, era el epicentro de la esfera pública, y también de la cultura impresa, ya que fuera de la capital era casi excepcional la publicación de periódicos, libros, revistas y folletos, un patrón de centralización visible desde el siglo XIX.⁷

La década de 1960 supuso el inicio de una expansión urbana sin precedente, que fue alimentada por inmigrantes rurales, ya se tratara de familias acomodadas, atraídas por los mejores servicios y las mayores oportunidades de estudio y de empleo público para sus hijos e hijas, o de campesinos desplazados por los procesos de concentración de la tierra, asociados con la profundización del capitalismo en el agro. El vertiginoso crecimiento del aparato estatal (entre 1948 y 1980, se crearon unas 100 instituciones nuevas y, en el último año indicado, el 18,9 por ciento de la fuerza de trabajo del país laboraba para el Estado),⁸ del sector terciario y de una industrialización que fue dominada por el capital extranjero estimularon un flujo demográfico que pronto trastocó la fisonomía y la dinámica de las ciudades, sobre todo en el caso josefino.

La primera fase de la expansión urbana, entre 1960 y 1980, se caracterizó por una ampliación de las comunicaciones y los transportes que facilitó el contacto entre la capital y sus comunidades circundantes. El principal efecto de tal proceso fue que, al tiempo que el centro de San José empezaba a especializarse en actividades terciarias y sus moradores se trasladaban a las afueras, a lo largo de las principales vías de acceso al casco josefino florecía una urbanización espontánea y desordenada, falta de todo tipo de planificación, en la que confluían viviendas con comercios, talleres y fábricas, un universo sin áreas verdes apropiadas, ruidoso y con el aire cada vez más contaminado.

La descontrolada expansión urbana pronto afectó a los gobiernos municipales, en varios sentidos. Las comunidades

aledañas a la capital, convertidas en suburbios dormitorios, vieron desaparecer su vida cívica, ya que una parte creciente de sus vecinos trabajaba, vivía y se divertía en el centro de San José: en 1977, unas 500.000 personas (casi la cuarta parte de la población total del país en ese año) viajaban diariamente al casco capitalino.⁹ La suburbanización de los cantones colindantes con el josefino pronto amplió su cobertura geográfica, y alcanzó las ciudades de Alajuela, Cartago y Heredia, y los entornos de cada una.

El deterioro de las identidades locales, favorecido por una urbanización de este tipo, fue fomentado a la vez por la expansión del Estado. Los programas que con un criterio de economía de escala impulsaron las instituciones autónomas y los ministerios para ampliar y mejorar los servicios educativos, de salud, de agua, de electricidad y de telefonía, entre otros, despojaron a las municipalidades de varias de sus funciones tradicionales y acentuaron los vínculos y la identificación de las comunidades con el Poder Ejecutivo y las instancias centralizadas más que con su gobierno local, comúnmente considerado corrupto e ineficiente.¹⁰

Las tendencias precedentes se profundizaron a partir de la década de 1980, cuando el crecimiento de las ciudades, liderado por la expansión macrocefálica de San José, se transformó en un visible proceso de conurbación, que se extiende de los entornos de Cartago en el este a los de Alajuela en el oeste, en el cual los límites entre lo urbano y lo rural tienden a desaparecer en una curiosa metrópoli falta de rascacielos e interrumpida, aquí y allá, por potreros y lotes baldíos. Esta área de unos 60 kilómetros de largo por 20 de ancho, concentraba en poco más del 2 por ciento del territorio, el 51 por ciento de la población total de Costa Rica en 1996, una proporción que se mantenía en el año 2000.¹¹

El avance de la conurbación, que en un futuro cercano se extendería al Valle Central en su conjunto (de Turrialba en un

extremo a San Ramón en el otro), fue alentada por la política estatal en cuanto a vivienda, que se tradujo en una explosión de proyectos de construcción de casas y condominios; y por la edificación de malls, al estilo estadounidense, ubicados con frecuencia en las afueras de las ciudades, cerca de sus principales intersecciones. El costo de tal expansión urbana es muy alto en términos culturales y ambientales: aparte de una contaminación creciente, la pérdida de todo un estilo de vida.

La despersonalización del quehacer cotidiano en las áreas urbanas se expresó en varios niveles. La experiencia de caminar de la casa al lugar de trabajo y viceversa, tan frecuente antes de 1950 y que permitía a las personas identificarse con un cierto paisaje social y cultural, empezó a disiparse con el crecimiento de las ciudades. Las aceras estrechas, las calles deterioradas e insuficientes y una flotilla vehicular en ascenso (de 11 a 6 personas por vehículo entre 1985 y el 2000)¹² convirtieron los cascos citadinos en espacios poco atractivos para peatones y ciclistas. La doble oferta de congestión y contaminación es un estímulo adicional para que los vecinos de los suburbios dormitorio, al término de su jornada laboral, corran desesperadamente a formarse en la fila del bus o en la del parqueo donde tienen su auto, para alejarse velozmente de la pesadilla del centro.

El deterioro de las condiciones de vida en las ciudades es uno de los factores que, junto con la búsqueda de terrenos más baratos, explican el desplazamiento de la antigua población citadina a las afueras, en un proceso caracterizado por una fuerte segregación social. El panorama que ofrecían los viejos cascos urbanos, en los que se alternaban casas de familias acomodadas y pobres, con sus ventanas sin rejas y a veces jardines exteriores, y con sus vecinos que se conocían, tejían lazos solidarios (básicos en la época pre-Estado benefactor) y construían identidades comunitarias, fue sustituido por un entramado domiciliario muy distinto.

Los barrios populares de fines del siglo XX, con sus casas diminutas, de techo bajo y de fachada infinitamente repetida, permitieron enfrentar la tugurización creciente derivada de la crisis económica de 1980; pero son también un indicador del trasfondo cada vez más clasista de la conurbación. La otra cara de tal proceso son los nuevos residenciales de sectores medios y acaudalados, con sus viviendas enrejadas y amuralladas, protegidas por alarmas electrónicas y guardias privados, un estilo de vida que, en asocio con el exitoso ascenso de la ideología neoliberal, fomenta el aislamiento, el desconocimiento de los vecinos, el individualismo y el desinterés por lo que exceda el umbral de la propia familia.

Los costarricenses que todavía en las décadas de 1960 y 1970 vivían en las ciudades y las disfrutaban, iban al cine, se detenían en una cafetería o en una soda, o simplemente se limitaban a darle vueltas al parque o se sentaban a oír la retreta de la banda municipal, a finales del decenio de 1990, y especialmente los domingos, deambulan por los pasillos de los malls y contemplan los escaparates de las tiendas, en tanto se deciden a asistir a la última película de moda, en salas cinematográficas con aire acondicionado, pero sin nombre; y a la salida, se agregan a los que ya abarrotan las áreas de comida rápida.

Los viejos espacios ciudadanos, en contraste, se ven casi desolados los domingos en la tarde. El abandono de los centros, primero por sus moradores y luego por el comercio y otras actividades, amenaza con convertirlos a corto plazo en territorios de nadie, un suelo fértil para la operación de pandillas juveniles y de otro tipo. El amarillismo periodístico coadyuva a que así sea, al destacar el peligro que supone caminar por las ciudades: de acuerdo con una encuesta efectuada entre noviembre de 1996 y febrero de 1997, pese a que las proporciones de los que habían sido víctimas o testigos de diferentes tipos de delito eran en su mayoría inferiores al 5 por ciento, el 80,8 por ciento de los informantes se sentía inseguro en el casco josefino.¹³

La tendencia a abandonar el centro de las ciudades también se expresa en las estadísticas espaciales de distribución demográfica. La población urbana del país ascendió de 33,5 a 59 por ciento entre 1950 y el 2000, según los censos de esos años; pero tales cifras no son del todo exactas,¹⁴ ya que numerosas familias, cuyos trabajos y estilos de vida son urbanos, fueron clasificadas como rurales. La base de este error estuvo en no considerar el proceso de suburbanización del campo; por eso, un indicador más confiable del fenómeno indicado es el cambio experimentado por la estructura ocupacional. La proporción de personas empleada en el sector primario (agricultura, ganadería, caza, pesca, silvicultura, minas y canteras) bajó de 55 a 15,7 por ciento entre 1950 y el 2001.¹⁵

La Costa Rica rural del Valle Central, con sus fincas campesinas y casas de adobe, que tan decisiva fue en definir varias de las características básicas de la identidad colectiva en el período anterior a 1950, empezó a desaparecer en las décadas posteriores, a medida que la urbanización se intensificaba. La literatura y la plástica, configuradas en la segunda mitad del siglo XX, fueron incapaces de actualizar el imaginario social para adaptar una concepción de lo costarricense al universo urbano en expansión. La novela de Yolanda Oreamuno, *La ruta de su evasión* (1949), de la cual el crítico Abelardo Bonilla expresó en 1957 que carecía de "ambiente nacional",¹⁶ prefiguró en mucho el arte y la narrativa de las décadas posteriores, con sus tendencias a la abstracción, al realismo mágico y a la exploración psicológica.¹⁷

La dificultad de la literatura para enfrentar la urbanización de una patria definida esencialmente por lo rural explica, en el contexto de fin de siglo, el creciente atractivo que, a partir de la década de 1990, tiene la historia para los escritores. Las novelas *Asalto al paraíso* (1992) y *El año del laberinto* (2000), de Tatiana Lobo, *Los molinos de Dios* (1992), de Alberto Cañas, y

El pasado es un extraño país (1993), de Daniel Gallegos, entre otros textos, son evidentes ejemplos de la búsqueda de una identidad cuya apropiación cultural y estética no es fácil en el presente. Las bases de una identificación con el universo urbano costarricense, puestas por obras como *Marcos Ramírez* (1952) y *Mi madrina* (1954), de Carlos Luis Fallas, y *A ras del suelo*, de Luisa González (1970), se perdieron posteriormente, en parte debido al vanguardismo temático, técnico y estilístico de los jóvenes literatos, y en parte a raíz de los cambios experimentados por las mismas ciudades, descritos previamente.

El desafío de apropiarse literaria o artísticamente de una patria transformada por la expansión urbana se patentiza, con especial fuerza, en el caso del cantón de Escazú, ese cantón josefino que, en la década de 1930, era la meca de los pintores del país, según la expresión del *Diario de Costa Rica*. El paisaje escazuseño, con su aire rural y sus casas de adobe (esencia de lo "auténticamente" costarricense), fue modificado decididamente por la suburbanización del campo: a fines del siglo XX, es escenario de un vertiginoso proceso de transnacionalización cultural y comercial, y uno de los nuevos paraísos del consumo masivo.

2. PODER DE COMPRA Y CONSUMO

La diversificación ocupacional fue otra de las transformaciones que vivió Costa Rica a partir de 1950, en el contexto de los procesos de expansión del capitalismo en el agro y de industrialización. La política social y la tendencia al alza de los salarios contribuyeron a que los hogares pobres disminuyeran de un 51 a un 39 por ciento entre 1961 y 1971, pese a que en la estructura de distribución del ingreso, entre esos mismos años, bajó la participación del grupo de menos recursos (de 6 a 5,4 por

ciento) y del más acaudalado (de 60 a 50,6 por ciento), y se elevó la de los sectores medios: de 34 a 44 por ciento.¹⁸

La proporción de hogares pobres se redujo todavía más en 1977 (un 25 por ciento), y aunque tras la crisis de 1980 subió a un 34 por ciento en 1983, volvió a bajar para ubicarse en un 25 por ciento en 1986 y estabilizarse alrededor de un 20 por ciento entre 1994 y el 2001.¹⁹ La distribución del ingreso en este último año, tras varios lustros de aplicación de los programas de ajuste estructural y de deterioro de las políticas sociales del Estado, ofrecía una tendencia similar a la de 1971: una baja en la participación del sector más pobre (4,4 por ciento) y el más rico (49,6 por ciento), y un avance de las capas medias (46 por ciento).²⁰

Los datos precedentes sobre distribución del ingreso, y en particular los referidos a las décadas de 1980 y 1990, deben ser considerados con cuidado, ya que los cálculos respectivos, aparte de problemas derivados de la falta de datos válidamente comparables,²¹ descartan la incidencia que tienen en los procesos de concentración de la riqueza, las formas de acumulación ilegales, derivadas de la evasión fiscal, el tráfico de influencias y de drogas, el lavado de dinero y la malversación de fondos públicos.²² El otro factor ausente en esos análisis es la depreciación cualitativa de los servicios estatales ocurrida en los últimos cuatro lustros del siglo XX, de particular incidencia entre los grupos sociales de menor ingreso.²³

El poder de compra del grueso de la población, en todo caso, fue elevado por el cambio que experimentó la distribución del ingreso a partir de 1950, aunque desde antes de ese año, Costa Rica tenía el valor de importación per cápita más elevado del istmo centroamericano.²⁴ El consumo privado per cápita prácticamente se duplicó entre 1965 y 1978 y, pese a que -tras la crisis de 1980- en 1982 bajó al nivel que tenía en 1967, en 1994 se aproximaba al que alcanzó en 1977.²⁵ El

Índice de Desarrollo Humano del país pasó de 0,745 a 0,821 entre 1975 y 1999; y en este último año, se ubicaba casi a igual distancia del promedio mundial (0,716) y del correspondiente al mundo industrializado (0,928).²⁶

El impacto de una urbanización creciente y del incremento y una distribución más equitativa del ingreso pronto fue visible en la dinámica del consumo. El sector comercial, en la década de 1950, era todavía de carácter artesanal: prevalecía el pequeño local, tramo o pulpería, atendido por su dueño. La compra de productos básicos (sobre todo carne, pescado, verduras, legumbres, sal, azúcar y granos) se efectuaba en los viejos mercados municipales, visitados casi todos los días (en esa época muy pocas familias poseían refrigeradoras) por consumidores de distinta extracción social. El pan se adquiría en la panadería y el lechero, al frente de una tosca carreta tirada por un caballo, distribuía la leche todas las mañanas en la puerta de cada casa.

El comercio en pequeña escala tampoco estaba separado, por entero, de la fase de la producción. El taller de zapatería solía disponer de un espacio para exhibir y vender el calzado; en la panadería se fabricaban y expendían el pan y la repostería; el dueño de un tramo de víveres a veces cultivaba parte de los mismos (culantro, frijoles y otros); e incluso el pulpero, que servía de intermediario para colocar un variado espectro de bienes procedentes de fábricas, talleres e industrias domésticas, elaboraba sus propios productos, a veces emparedados, y usualmente refrescos de sirope y helados de leche agria.

La distribución de artículos extranjeros era más limitada: con excepción de los de ferretería, que solían importarse de Estados Unidos, el expendio de comestibles de lujo y de electrodomésticos se efectuaba en unos pocos locales, ubicados en las ciudades principales, y sobre todo en San José. La gestión comercial, sin importar el tamaño del almacén, era todavía en

extremo simple: casi siempre se disponía de una sola caja, no existía el autoservicio, la división en departamentos se encontraba en una etapa inicial, y el personal, falto de especialización, se desplazaba de un lado a otro por todo el establecimiento.

El universo comercial se transformó en dos fases. La primera, producto de la industrialización de Centroamérica, comprendió las décadas de 1960 y 1970, y se caracterizó porque la expansión del consumo, estimulada por una profesionalización creciente de la publicidad y por la televisión, fue mediatizada por la integración del istmo, ya que el grueso de los bienes ofrecidos procedía de tal área.²⁷ El verdadero diluvio de productos fabriles, especialmente de las ramas de alimentos, bebidas y vestuario, contribuyó al tránsito de la pulpería, el tramo y el bazar al supermercado y a las tiendas de departamentos, con una baja en la proporción de patronos en este sector del 10,6 al 2,2 por ciento entre 1950 y 1973.²⁸

Las principales víctimas de la industrialización fueron la industria casera, el pequeño taller y los oficios artesanales. La venta de ropa y calzado de fábrica tendieron a desplazar a sastres y zapateros; el pan y las galletas fabriles limitaron la demanda de las viejas panaderías; y el lechero y su caballo un día ya no pudieron competir con los camiones de la compañía Dos Pinos. El consumo cotidiano, que antes operaba en un marco de relaciones cara a cara, tendió a despersonalizarse, a medida que su epicentro se trasladó a los pasillos sin rostro de los supermercados y de las tiendas de departamentos.

El liderazgo en las nuevas formas de consumo le cupo, en lo geográfico, a la población urbana del Valle Central, y en lo social, a los sectores medios, cuyo peso en la estructura socioocupacional del país ascendió de 11,8 a 28,4 por ciento entre 1950 y 1984.²⁹ Este proceso también estuvo condicionado generacionalmente, ya que fueron las parejas jóvenes, que alcanzaron la mayoría de edad al empezar la década de 1960,

las que se convirtieron en las principales consumidoras de "Coca Cola", "Corn Flakes" y gelatina "Royal", y de una línea blanca que incluía radio, televisor, refrigerador, cocina y lavadora.

La crisis de 1980 y los procesos posteriores de ajuste estructural supusieron el inicio de una nueva fase en la dinámica del consumo, que se distinguió por una oferta cada vez más transnacional, propiciada por una apertura comercial creciente. La expansión del servicio eléctrico (un 96,8 por ciento de los hogares en el 2000) facilitó que el acceso a la línea blanca se generalizara: en tal año, de 935.273 casas, 84,9 por ciento disponía de televisor a color, 84,3 de refrigeradora, y 80,8 por ciento de lavadora. La nueva tecnología no quedó al margen: 31,9 por ciento de las viviendas tenía horno microondas, y 14,1 por ciento computadora.³⁰

La dimensión simbólica del consumo, y su práctica como una forma a la vez de distinción e identidad, fueron reforzadas por el crecimiento y la sofisticación de la estructura publicitaria: entre 1987 y 1994, el número de agencias se elevó de 37 a 60, y su facturación se incrementó de 52,6 a 139,5 millones de dólares.³¹ El énfasis en la adquisición de productos de "marca", su orientación a un mercado juvenil y su adscripción a modelos estadounidenses convirtieron a la publicidad en un agente de cambio cultural decisivo, ya que la difusión masiva de valores que promueve tiene una incidencia particular en aquel sector de la población que apenas empieza a configurar su visión de mundo.³²

Los otros aliados claves de la expansión del consumo en la fase que se inició en el decenio de 1980 fueron la venta a plazos y la tarjeta de crédito (un 27 por ciento de los costarricenses tenía una en 1996), indispensables para disfrutar plenamente de las nuevas catedrales de los consumidores: los malls, con sus tiendas y supermercados, lujosos pasillos y áreas de entretenimiento y comida rápida (de "marca"). El primero de

estos complejos fue inaugurado en 1983, pero la etapa de crecimiento se verificó después de 1990: entre dicho año y 1996, se abrieron seis más; y según una estimación de 1997, en dos meses de dicho año, tales instalaciones fueron visitadas por 1.163.700 personas, casi un tercio de la población total de Costa Rica.³³

La expansión y diversificación del consumo en las décadas de 1980 y 1990 fueron estimuladas por el creciente comercio de artículos usados. Las viejas compraventas y las casas de empeño, que otrora eran el eje de ese tráfico, fueron superadas ampliamente por un círculo de empresarios especializados en la introducción de bienes de "segunda mano". La oferta de estos importadores, caracterizada por sus bajos precios, se extiende de los automóviles (102.231 vehículos traídos al país entre 1990 y 1995) a los electrodomésticos reconstruidos y a la ropa (de 1.507.675 a 2.366.948 kilos importados entre 1993 y 1995).³⁴ La circulación de estas y otras mercancías, con indiferencia de su condición y calidad, es parte de un proceso de transculturación cuyo alcance es especialmente visible en el universo urbano.

3. CULTURA DE MASAS Y TRANSCULTURACIÓN

La penetración de la cultura de masas, acorde con la diversificación de los patrones de consumo, se acrecentó a partir de 1950. La experiencia de Costa Rica, en este campo, fue temprana, a lo que contribuyó una alfabetización popular que se profundizó desde fines del siglo XIX. El 90,1 por ciento de los varones urbanos y el 66,9 por ciento de los rurales, y el 82,5 por ciento de las mujeres de las ciudades y el 56,2 por ciento de las del campo, que vinieron al mundo en todo el país entre 1886 y 1895, lograron alfabetizarse, aunque la mayoría solo cursó los primeros grados de escuela.³⁵

El alfabetismo en ascenso fue la base para que en el período 1890-1950 se diera un consumo cada vez más amplio de revistas, periódicos (en particular, de la prensa sensacionalista) y de las novelas de aventuras y del corazón, y contribuyó a que se expandiera el gusto por el deporte (sobre todo el fútbol), la música popular, el teatro y el cine. La cultura de masas se expandió y diversificó todavía más en el decenio de 1950, en parte gracias al mayor poder de compra de la población en su conjunto, y en parte debido a una oferta que creció con la comercialización de los "comics", de la radio (el 56,7 por ciento de los hogares en 1963 poseía un aparato de este tipo)³⁶ y con la apertura de numerosas salas cinematográficas, en las cuales las películas de Europa y América Latina -en especial las mexicanas- competían con bastante éxito con las de origen estadounidense.

El cambio decisivo en el consumo cultural de masas, sin embargo, ocurrió en la década de 1960, al inaugurarse la televisión en Costa Rica.³⁷ El acceso a este aparato, en principio limitado, se expandió vertiginosamente, ya que la proporción de hogares que tenía uno se elevó de 6,6 a 41,2 por ciento entre 1963 y 1973, y a un 86,4 por ciento en 1984.³⁸ El televisor, aunque facilitó la penetración de programas europeos y latinoamericanos, pronto se convirtió en un divulgador estratégico de la cultura popular estadounidense, ya se tratara de caricaturas, series, películas, deportes, noticias o de anuncios, que alentaron cambios en la forma y el contenido de una publicidad en vías de profesionalizarse (la factura televisiva supuso en 1992 un 55,7 por ciento de toda la inversión publicitaria efectuada ese año).³⁹

El éxito de la televisión se aunó con el de la música popular en inglés, sobre todo del rock and roll, que tuvo una particular influencia sobre los jóvenes urbanos, y se expresó en un nuevo espacio de sociabilidad, la discoteca que, con su ambiente

cerrado y oscuro ofrecía un particular contraste con los viejos salones de baile. El influjo de la cultura popular estadounidense, con su maravillosa oferta de estilos de vida, artefactos, vestuario y comida rápida, pronto fue visible en los gustos y las modas de los sectores medios y acaudalados, en particular de la burguesía que se configuró al calor de las políticas económicas del Partido Liberación Nacional. El eje civilizatorio de este grupo ya no era París, como lo fue para las jerarquías sociales y culturales anteriores a 1950, sino Miami, un desplazamiento a tono con el anticomunismo de la Guerra Fría.

El predominio cultural estadounidense se profundizó tras la crisis de 1980 cuando, en el contexto del cierre de numerosas salas ubicadas en ciudades menores y en los suburbios de San José, los canales de distribución cinematográfica fueron monopolizados por empresas de Estados Unidos, con lo que la exhibición de cintas europeas y latinoamericanas prácticamente desapareció de las pantallas de Costa Rica. El proceso anterior fue complementado por la expansión de las tiendas de alquiler de videos, que distribuyen particularmente productos hollywoodenses, y del acceso a los VHS, presente en alrededor de un 56 por ciento de los hogares ubicados en 1997 entre los contornos de las ciudades de Cartago y Alajuela.⁴⁰

La globalización cultural, bajo una decisiva influencia estadounidense, se consolidó con la televisión por cable, de la que eran suscriptores aproximadamente el 12,5 por ciento de todos los hogares del país en el 2000, y con el acceso a Internet, contratado por el 3,4 por ciento de las viviendas en ese año.⁴¹ Las proporciones anteriores, aunque mínimas, son indicadores del enlace directo que un sector creciente de costarricenses tiene con la cultura de masas transnacional, un proceso que, al tiempo que escapa a los controles estatales, opera según una muy evidente dinámica de mercado.

La expansión de secciones especializadas en los principales periódicos sobre compras, dieta, culto al cuerpo, cocina y las aventuras de los ricos y famosos locales e internacionales contribuye,⁴² a la vez, a difundir estilos de vida cuya realización se basa en la satisfacción individual, alcanzable a partir de determinados patrones de consumo. La asociación entre el acto de consumir y las identidades sociales es uno de los factores que explica que la ostentación se convirtiera en una práctica en extremo extendida, ya se trate del hierático profesor universitario que se ufana del teléfono celular prendido de su cintura, o del trabajador de construcción, que al final de la jornada se calza sus tenis Nike.⁴³

La transculturación adquirió una dimensión más personal y cercana a partir de la década de 1990 con el auge del turismo. El número de visitantes se elevó de 278.000 a casi un millón cien mil personas entre 1987 y el 2000.⁴⁴ El impacto cultural de tal alza es tema por investigar todavía; pero vale la pena destacar que para el grueso de los empleados del sector turístico, usualmente de extracción popular, la vida cotidiana tiende a oscilar entre dos polos extremos: un entorno familiar dominado por las estrecheces y dificultades, y lugares de trabajo en los que prevalecen comodidades, lujos y patrones de consumo completamente fuera de su alcance.

La infraestructura turística es a la vez un espacio de encuentro privilegiado entre los extranjeros y los costarricenses de sectores medios y altos, cuyos valores, experiencias y visiones de mundo, aparte del conocimiento del idioma inglés que comúnmente tienen, los capacitan para apropiarse de los modelos culturales que les ofrecen los visitantes. Los hoteles, restaurantes y otros lugares vinculados con la expansión del turismo comparten con los malls la característica de ser territorios culturalmente transnacionales,⁴⁵ en concordancia con el tipo y la dinámica del capital que los posee y los explota.

La crisis política y militar del resto de Centroamérica, en la década de 1980, fue la base de otra experiencia transcultural: un flujo creciente de desplazados y refugiados, cuyo número alcanzaba casi las 300.000 personas en 1990, de las cuales el 92 por ciento procedía de Nicaragua.⁴⁶ La repatriación iniciada tras los acuerdos de paz y la derrota electoral de los sandinistas fue poco exitosa, debido a la pobreza y a la falta de empleo que prevalecía en territorio nicaragüense, donde los salarios mínimos en 1995 eran tres o cuatro veces más bajos que en Costa Rica,⁴⁷ y a una creciente demanda de fuerza de trabajo inmigrante y barata en ciertas actividades que los costarricenses tendían a abandonar: el trabajo agrícola, en especial la cosecha de café y de caña de azúcar, la construcción y el servicio doméstico.

La inmigración de nicaragüenses en busca de empleo en el decenio de 1990 fue tal que su peso en la población total del país subió de 1,9 a 5,9 por ciento entre los censos de 1984 y el efectuado en el año 2000. Esta última proporción, una vez corregido el fuerte subregistro que la afecta, podría oscilar entre 8 y 10 por ciento, en cifras absolutas de 330.000 a 400.000 inmigrantes,⁴⁸ los cuales enviaron de vuelta a Nicaragua unos 250 millones de dólares en el 2001.⁴⁹ El flujo de tales trabajadores, además de variar decisivamente la composición étnica de la sociedad asentada en el Valle Central, su principal área de ubicación,⁵⁰ ha tenido un impacto profundo en la cultura costarricense, al fomentar políticas claramente discriminatorias y tendencias racistas y xenóforas,⁵¹ unas y otras fuertemente vinculadas con la identidad racial construida por los políticos e intelectuales liberales en las últimas décadas del siglo XIX.

La activación en la década de 1990 de tendencias racistas y xenóforas no es una experiencia inédita en el país, ya que procesos similares ocurrieron en el pasado, con base en las definiciones étnicas de lo costarricense y en la legislación aprobada y

en la política inmigratoria practicada entre 1850 y 1950. La llegada al país de afrocaribeños, chinos, judíos y de los mismos nicaragüenses originó distintas medidas discriminatorias y un discurso público centrado en la defensa de la pureza racial de Costa Rica, el cual tendía a asociar a estos "otros" con las enfermedades, la prostitución, la violencia y el crimen.⁵²

La principal diferencia entre los procesos pasados y el actual consiste en que, antes de los decenios de 1980 y 1990, los "otros" tendieron a concentrarse fuera del Valle Central, con lo que una "otredad" de carácter étnico y cultural se identificaba y reforzaba con una de tipo geográfico. El escritor León Pacheco lo expresó diáfamanamente en 1954:

"...el litoral del Atlántico, primero, y el del Pacífico, después, han sido pedazos del territorio nacional añadidos a la totalidad del país, desde todos puntos de vista. Se han aclimatado en ellos hasta nuestros tiempos tipos humanos, extraños a nuestra sensibilidad y tradiciones: el negro jamaicano y el nicaragüense en el Atlántico. Ultimamente en las nuevas explotaciones del Pacífico, el nicaragüense y el panameño."⁵³

La xenofobia y el racismo, en los últimos años del siglo XX, están presentes en todos los grupos sociales, y sus manifestaciones se expresan por vías muy diversas. Los datos disponibles no permiten afirmar que la mano de obra extranjera desplazara significativamente a la local, aunque sí hay evidencia de deterioro en los salarios y en las condiciones de empleo en actividades (construcción, agricultura y servicio doméstico) con fuerte presencia de indocumentados.⁵⁴ Lo que falta por investigar es el grado en que los trabajadores venidos de Nicaragua,

dada su capacidad para construirse como comunidad y mantener sus tradiciones, prácticas e identidades en territorio extranjero, participan en un doble y complejo proceso: la apropiación y la transformación de la cultura de Costa Rica, en particular la de los sectores populares de las ciudades y el campo.

4. ETNICIDAD Y GÉNERO

La imagen de Costa Rica como una feliz arcadia tropical, blanca, pacífica, rural, igualitaria y con las funciones de género claramente definidas, se fracturó decisivamente al calor de la crisis económica de 1980 y de los programas posteriores de ajuste estructural (aunque todavía se la puede ver en las adaptaciones televisas de obras literarias como *El moto*).⁵⁵ Las luchas de los más pobres, y las estrategias estatales de ataque a la miseria extrema, contribuyeron a visibilizar en la esfera pública a los sectores de más escasos recursos: en cuanto a edades, género y trasfondo familiar, madres solteras, niños abandonados y ancianos desvalidos; y en términos étnicos, los costarricenses de la periferia del país, en particular indígenas (63.876 personas distribuidas en ocho pueblos en el 2000), afrocaribeños (72.784 individuos en el 2000)⁵⁶ y guanacastecos, cuyas diferencias en cultura y lenguaje con los habitantes del Valle Central se aunaban con una piel cobriza u oscura.

La concepción del país como una sociedad blanca, configurada en los decenios de 1880 y 1890 por los políticos e intelectuales liberales, sirvió de base durante la mayor parte del siglo XX para explicar la excepcionalidad de Costa Rica, sobre todo su diferencia y supuesta superioridad frente a sus vecinos del resto de Centroamérica.⁵⁷ El énfasis cada vez fuerte en la pluralidad cultural y étnica del país, que caracteriza el discurso oficial a partir del decenio de 1980, fue propiciado también

por el crecimiento y la profesionalización de la investigación social, sobre todo en las áreas de la antropología, la sociología y la historia. El trabajo efectuado por académicos locales y extranjeros facilitó que la cuestión de la etnicidad ocupe un lugar en la agenda política.⁵⁸

La preocupación académica por la pluralidad étnica del país fue precedida por la ruptura que, en este sentido, operó la literatura, un proceso ocurrido en dos etapas. La primera, iniciada en las décadas de 1940, se caracterizó por obras como *Mamita Yunai* (1941), de Carlos Luis Fallas, y *Cocorí* (1947) y *Manglar* (1947), de Joaquín Gutiérrez, las cuales, pese a no estar exentas de connotaciones racistas, incorporaron en el discurso literario el paisaje geográfico y social de Limón y Guanacaste. La segunda fase, posterior a 1970, se distinguió por el surgimiento de una generación específica de escritores de origen afrocaribeño, entre los que destacan Quince Duncan y Eulalia Bernard.⁵⁹

La experiencia limonense permite sopesar, con cierto detalle, el costo cultural que tuvo el trasfondo étnico de la identidad nacional que se configuró a fines del siglo XIX. La amplia y diversa cultura impresa que caracterizó al Caribe costarricense en las décadas de 1920 y 1930, basada en los altos niveles de alfabetización en inglés de la población afrocaribeña,⁶⁰ se perdió durante el proceso posterior de españolización de la instrucción pública en Limón. El Director Regional de Enseñanza en esta provincia, Reginaldo Robinson, advertía cerca de 1984-1985:

"la educación en Costa Rica ha sido la destructora de culturas. Es feo decirlo, pero los programas de estudio actuales no fomentan la enseñanza de la cultura indígena ni la del negro... Los libros de texto tienen escenas que

son propias de los europeos, los españoles, los italianos, pero no traen ninguna ilustración sobre el negro de Limón, sobre el indio de Talamanca, el indio guatuso, el boruca. Estas gentes no están representadas aunque forman parte de nuestra sociedad. La educación ha servido durante muchos años para decirle al indio que no sirve para nada y al negro que es feo y tonto."⁶¹

El estereotipo de la Costa Rica blanca, pese a los esfuerzos oficiales y de otro tipo en pro de la pluralidad étnica y cultural del país, persiste con fuerza en los contenidos publicitarios, y no exclusivamente en los turísticos; en los criterios de contratación de empleados de ciertas empresas, en especial periódicas y de relaciones públicas; en los sistemas de admisión de las universidades estatales (en cuyos campus los estudiantes, profesores y administrativos de origen afrocaribeño son excepcionales), y en los requisitos para ingresar a ciertos bares, clubes y otros locales similares. El racismo, exacerbado por la inmigración nicaragüense de los últimos años, no es enfrentado todavía con estrategias eficaces contra la discriminación, lo cual se patentiza, entre otros aspectos, en la inexistencia de políticas específicas para combatirla.

La Costa Rica europea y blanca suponía a la vez una definición precisa de los espacios y funciones que debían ocupar y desempeñar uno y otro sexo. La esfera pública correspondía a los varones, proveedores, ciudadanos y jefes de sus esposas e hijos; el universo privado y doméstico a las mujeres, a las que les tocaba velar por el bienestar de sus maridos y la crianza de su prole.⁶² El orden imaginado por los políticos e intelectuales liberales de fines del siglo XIX era, sin embargo, desafiado cotidiana y constantemente por la amplia proporción

de jefas de familia (un 35,3 por ciento de todos los hogares de la ciudad de San José en 1904)⁶³ y por la expansión de la fuerza laboral femenina asalariada.⁶⁴

Las reivindicaciones de género en Costa Rica datan de las décadas de 1910 y 1920, cuando círculos de señoras y señoritas de sectores medios y acaudalados, en particular maestras, se organizaron en pro de su derecho al sufragio y de la equidad salarial con los varones.⁶⁵ La movilización de estas mujeres y su participación creciente en los programas sociales impulsados por el Estado liberal y en las campañas electorales contribuyeron a visibilizar en la esfera pública una serie de atributos femeninos asociados con el universo doméstico, y a convertirlos en cualidades cívicas, con lo cual esposas, madres e hijas, pese a que no podían votar, empezaron a apropiarse - simbólicamente- del concepto de ciudadanía.

La invención del día de la madre en 1932 expresó sin duda las complejidades del proceso precedente, ya que al tiempo que se reconocía la maternidad como un valor cívico, su celebración oficial cada 15 de agosto (el día de la Asunción de la Virgen) por disposición del Poder Ejecutivo, destaca que el modelo de madre y esposa enfatizado era el mariano.⁶⁶ La confluencia de los discursos liberal y religioso patentiza, en este caso, la capacidad del patriarcalismo para adaptarse a los cambios sociales, puesta a prueba cada vez más intensamente luego de 1950. La aprobación del voto femenino en 1949, la expansión estatal ulterior y la creciente apertura de carreras que otrora eran básicamente varoniles facilitaron una mayor y mejor inserción de las mujeres en las actividades políticas, culturales, profesionales y empresariales, aunque un activo movimiento feminista solo se consolidó a partir de 1985.⁶⁷

Los límites reivindicativos del temprano feminismo costarricense empezaron a ser transgredidos -en términos literarios y vitales- por las escritoras y artistas, al estilo de Eunice Odio

y Yolanda Oreamuno (*La ruta de su evasión* fue la primera novela en tratar específicamente el tema de la violencia doméstica desde el punto de vista de una mujer),⁶⁸ antes que por académicas y políticas, como Ángela Acuña, más respetuosas del orden establecido e identificadas con él.⁶⁹ La tendencia descrita se profundizó en las décadas de 1960 y 1970, cuando autoras como Carmen Naranjo, Virginia Grütter, Rosibel Morera, Ana Cristina Rossi y Ana Istarú, entre otras, configuraron una literatura específicamente femenina.

Los condicionantes de un mercado cada vez más especulativo, comercial y dominado por las preferencias "estéticas" de los nuevos y viejos ricos neoliberales,⁷⁰ incidieron en que, de nuevo y al igual que ocurrió en los decenios de 1920 y 1930, la plástica fuera a la zaga de la literatura. Los conceptos de diversidad cultural, etnicidad y género son visibles esporádicamente en ciertas pinturas y esculturas; pero todavía a fines del siglo XX no existen corrientes artísticas consolidadas, centradas en la expresión de la identidad étnica de un sector determinado de la población o de la problemática de la mujer, campos en los cuales la incursión del cine y el video, desde la década de 1970 especialmente, sí ha sido más sistemática y definida.⁷¹

El auge del feminismo en Costa Rica, en todo caso, fue producto de la confluencia, a partir de 1985, de tres procesos: la conformación de círculos de mujeres intelectuales y profesionales, con frecuencia procedentes de las filas de los partidos de izquierda, que se radicalizaron a raíz de la discriminación laboral y salarial de que eran víctimas; una creciente oferta de fondos provenientes de los países industrializados destinados a financiar programas e investigaciones de género; y la capacidad de la cultura oficial para -de la misma manera que se apropió de la cuestión étnica- incorporar esta problemática en su discurso, crear el Centro Nacional para el Desarrollo de la

Mujer y la Familia en 1986 y promover una legislación que tiende a combatir la desigualdad basada en el sexo.

La absorción por el Estado fue facilitada porque las feministas costarricenses concentraron sus afanes en procurar la equidad de género y combatir la violencia doméstica. La lucha contra esta última, que caracterizó a las mujeres costarricenses desde el siglo XVIII por lo menos,⁷² adquirió una nueva dimensión a partir del decenio de 1980, en parte debido al sensacionalismo periodístico, que convirtió el tratamiento de ese tópico en una fuente de pánico moral, y en parte gracias a las campañas impulsadas por instancias estatales y privadas para que las víctimas acusen a sus agresores. El total de denuncias ante la Delegación de la Mujer se elevó de 563 en 1992, a 4.875 en 1995 y a 14.241 en 1997; a su vez, las que ingresaron a los tribunales de justicia ascendieron de 5.023 en 1996 a 20.996 en 1998, y a 32.643 en el año 2000.⁷³

Las políticas contra la violencia doméstica y a favor de la equidad de género, en un contexto en el que la publicidad y los patrones de consumo promovían la satisfacción individual, y en el que la ideología neoliberal enfatizaba en la urgencia de desregular la vida social para que las fuerzas de mercado operasen libremente, facilitaron que se profundizaran una serie de cambios en la estructura familiar. El tamaño promedio de familia completa descendió de 7 a 2,5 hijos entre 1960 y 1997, las jefaturas femeninas subieron de 17,5 a 24,8 por ciento del total de hogares del país entre 1987 y el 2001, el índice de divorcios por cien enlaces se elevó de 9,1 a 39,8 entre 1976 y el 2000, en este mismo período la tasa de nupcialidad bajó de 7,3 a 6,1 casamientos por mil habitantes, y la proporción de mujeres de 20 a 49 años en unión libre creció de 18 a 28 por ciento entre 1976 y 1999 (en 1990, el 38,9 por ciento de todos los nacimientos ocurrió fuera del matrimonio, cifra que ascendió al 52,7 por ciento en el 2000).⁷⁴

La transformación experimentada por las mujeres en su vida cotidiana estuvo muy vinculada con su inserción creciente en el mercado laboral: de un 19,5 a un 34,8 por ciento entre 1973 y el 2001.⁷⁵ La eficacia feminista, en este último campo, es desigual: los avances logrados en cuanto a la equidad salarial y la participación política para intelectuales y profesionales, y a la lucha por combatir la violencia doméstica, contrastan con cierta indiferencia por explorar la dimensión étnica y de clase implícita en la problemática de género, en particular la limitada presencia femenina en las jerarquías empresariales del país y la violación sistemática de los derechos humanos de las obreras (campo en el que las víctimas típicas son las que trabajan en las empresas bananeras y en las actividades de maquila).⁷⁶

El servicio de "médico de empresa" ofrecido por las maquiladoras a sus obreras opera usualmente como una forma adicional de control, según la explicación dada por unas usuarias alrededor de 1995:

"nos llevan un registro de cuando nos toca la regla para pedirnos la muestra de orina y controlar si estamos embarazadas. A veces nos piden que enseñemos la toalla sanitaria. Una se siente tan humillada cuando el doctor hace eso. Nos incapacitan cuando el médico decide, o sea, nunca, y usted no tiene cómo pelear su derecho porque no le dan permiso para ir al Seguro. Los inspectores de Trabajo? Muy bien gracias. Sólo porque necesitamos el trabajo se aguanta esto."⁷⁷

El desencuentro entre las prioridades feministas y las reivindicaciones de las asalariadas de extracción popular, que evoca el desfase similar que ocurrió en la década de 1920,⁷⁸

evidencia los límites étnicos y clasistas del feminismo costarricense y de la cultura oficial. Los discursos de esta última en cuanto a la integración racial y cultural y la equidad de género contrastan con su resistencia a facilitar el acceso de los ciudadanos no blancos y de las mujeres a las jerarquías políticas, empresariales y profesionales del país; y, aunque predica la tolerancia, permite y estimula, con el aplauso de la jerarquía eclesiástica, la discriminación y persecución de las minorías sexuales, en particular de homosexuales y lesbianas.⁷⁹ El trasfondo políticamente más explosivo de esta doble moral -evidencia y expresión de la transformación actual que experimenta el país- es, sin embargo, uno de clase.

5. CULTURAS DE CLASE

La dimensión más específicamente política de la brecha -sancionada por la cultura oficial- entre decires y haceres se revela en el agudo contraste entre las promesas electorales de los partidos y las medidas posteriores de los gobiernos electos.⁸⁰ El efecto principal de tal desfase fue que la imagen de una Costa Rica igualitaria y solidaria, que forma una armoniosa familia, fue desgastada vertiginosamente por la crisis de 1980 y los ajustes económicos posteriores, orientados por una ideología que enfatiza en la competencia (aunque acepta la utilización de los fondos públicos para "estimular" al sector privado),⁸¹ en la contracción del gasto social del Estado, en el valor de cambio como el único legítimo, y en el individualismo a ultranza.

El ascenso de la ideología neoliberal fue facilitado, en lo externo, por la globalización económica a nivel mundial, y en lo interno, por dos procesos claves. El primero fue la desaparición de las vanguardias intelectuales y políticas comprometidas con

la reforma social, en especial las conformadas durante la radicalización de la década de 1970, al calor de la lucha contra ALCOA.⁸² El tránsito de la izquierda a la derecha evoca la experiencia similar vivida por los jóvenes radicales de 1900, aunque a diferencia de estos últimos, los ex-izquierdistas de fines del siglo XX perdieron toda identificación con las aspiraciones populares y su preocupación por la cuestión social se limita a las dimensiones electoral y de control de los de abajo que tal problemática comporta.

El otro proceso ventajoso para la ideología neoliberal fue la diversificación de los sectores medios. Los de antes de 1980, compuestos por "licenciados", empleados estatales, docentes y pequeños y medianos productores agrícolas, se ampliaron al aflorar grupos vinculados con la exportación no tradicional, la apertura comercial, el turismo, las industrias de alta tecnología y las especulaciones financieras. El individualismo posesivo de estas capas, en cuyo mundo prevalece una competencia feroz, está fuertemente condicionado por su desplazamiento del mercado laboral público al privado. La proporción de profesionales y técnicos que trabajaban para el Estado bajó de 54,1 a 45,9 por ciento entre 1987 y 1995.⁸³

La consolidación de culturas clasistas en Costa Rica, a la que los ex-radicales indicados no fueron ajenos, es notoria en los patrones domiciliarios segregados, en pautas de consumo cada vez más diferenciadas, en una privatización creciente de los servicios de salud y educativos a los que acuden los sectores medios y acaudalados, y en el deterioro de la infraestructura estatal que es utilizada por las familias populares. La proporción de escuelas privadas se elevó de 2,3 a 6,6 por ciento entre 1975 y el 2000, en tanto que en ese mismo período, la de colegios particulares pasó de 15,6 a 31,3 por ciento.⁸⁴ La educación, que a fines del siglo XIX se orientó a superar el desfase entre el universo urbano y el rural, y entre el grueso de la

población y las jerarquías sociales, cien años después tiende a profundizar esas brechas y a consolidar, por encima de una supuesta idiosincracia nacional, las identidades de clase.

La expansión educativa que se dio en el país antes de 1980, aunque no estuvo al servicio de una visión étnica, geográfica y culturalmente pluralista de la sociedad costarricense (el modelo cultural promovido como nacional era básicamente josefino),⁸⁵ sí permitió que, en las mismas aulas, niños y niñas de diferente extracción social vivieran su alfabetización como una experiencia compartida. El potencial democrático e ideológicamente cohesionador de este aprendizaje fue vivamente expuesto por el futuro Presidente, Teodoro Picado Michalski (1944-1948), en un informe que presentó en Santiago de Chile en 1934, en su condición de Secretario de Instrucción Pública:

"...en Costa Rica, todos los niños, cualquiera que sea su fortuna u origen concurren a las escuelas públicas y en ellas, a su vez, hay maestros de las más diversas cunas y situaciones... No tiene el niño pobre que concurre a nuestros planteles la impresión, tan triste, de experimentar, de la desigualdad social. No surge en él ese complejo de inferioridad que tanto pesa en la vida del hombre. Por otro lado, los niños acomodados o de buenas familias se ponen en contacto directo, estrecho y amistoso con los niños de las clases pobres, y eso los hace más humanos y más comprensivos... los vínculos creados en esa época risueña de la existencia... dan lugar a que el hombre, por alta que sea su posición social o económica no pierda la posibilidad de tener una información afectuosa, veraz y sincera de los

anhelos o puntos de vista de otras clases de la sociedad y esto atenúa o disminuye el antagonismo que existe entre las unas y las otras."⁸⁶

La dinámica escolar que el ex-Presidente Picado describió en 1934 es muy distinta seis décadas después: a raíz del condicionante de salarios no competitivos en el mercado profesional, un predominio cada vez mayor de docentes de extracción popular, faltos del capital cultural que solía distinguir a sus predecesores, dada la variedad de sus orígenes familiares;⁸⁷ un abandono creciente de la educación pública por los sectores medios y acaudalados, que eran desde el siglo XIX los principales fiscalizadores de la instrucción impartida a sus vástagos; y un empobrecimiento sistemático de la enseñanza en tanto experiencia social y culturalmente integradora.

El desvelo de los padres ex-izquierdistas de la década de 1970 porque sus hijos e hijas disfruten, en los decenios de 1980 y 1990, de la "mejor" educación que el dinero pueda comprar, evidencia uno de los más visibles costos culturales de la desradicalización de las vanguardias intelectuales y políticas. La priorización del mejoramiento individual en detrimento del colectivo patentiza el grado en que los procesos de diferenciación social, de fines del siglo XX, tienden a consolidar una cultura de clase que, más allá de las desigualdades económicas y simbólicas, asume una expresión institucional en vías de fortalecerse y ampliarse.

Las pensiones de lujo, los aumentos salariales exorbitantes para los jerarcas públicos (el Presidente de Costa Rica estuvo a punto de disfrutar de un salario más alto que el de Estados Unidos)⁸⁸ y otros privilegios por el estilo son las expresiones legalizadas de una cultura de la clase dominante caracterizada por la falta de ética. El perfil más ominoso de tal proceso son los distintos tipos de corrupción practicadas impunemente

por las cúpulas políticas, empresariales y profesionales, que se extienden de la evasión de impuestos (unos 1.400 millones de dólares anuales en 1996), al saqueo de los fondos públicos (la bancarrota del Banco Anglo Costarricense en 1994) y a los vínculos con los narcotraficantes colombianos y la mafia mexicana.⁸⁹

La rapacidad de esas jerarquías, fortalecida y estimulada por los tendencias de globalización económica, constituye uno de los principales peligros que enfrenta la democracia costarricense. Los logros institucionales alcanzados entre 1950 y 1980, los cuales permitieron que la justicia social se convirtiera en la principal fuente de legitimidad del sistema político, están amenazados por una clase que impulsa el desplazamiento del Estado por el mercado, al tiempo que tiende a criminalizar el aparato estatal. El dato de que en 1994 el sector público en Costa Rica controlaba el equivalente al 60 por ciento del Producto Interno Bruto⁹⁰ identifica el volumen de los incentivos que mueven a las fuerzas que, cada vez que pueden, malversan el erario, y que están interesadas en privatizar, entre otras actividades estatales, los seguros, la electricidad, las pensiones y la telefonía.

El freno limitado que las presiones populares y los controles legales e institucionales imponen a esa cultura rapaz de la clase dominante, los cuales constriñen y demoran las políticas de privatización, tienden a propiciar procedimientos autoritarios por parte de los impulsores de tales medidas. La baja en los umbrales de tolerancia coincide con el esfuerzo de los principales neoliberales costarricenses por denunciar la llamada "ingobernabilidad" de la democracia, y con una admiración que no ocultan por el "milagro" económico de Chile logrado durante la dictadura que se instauró en ese país a partir de 1973.

El espectáculo escandaloso de un grupo social que opera por encima de la ley o la reforma a su favor, en un contexto en el cual las condiciones de vida y de trabajo del grueso de la

población se deterioran (un proceso que escapa a las estadísticas sobre distribución del ingreso, pero que es muy visible en la creciente deserción escolar, en la reaparición de enfermedades anteriormente erradicadas o en la violación sistemática de la legislación laboral que prevalece en diversos lugares de trabajo) tiene su corolario en el extendido pesimismo que existe entre los costarricenses de fines del siglo XX, y en particular en la decepción con su sociedad y su política.⁹¹

La fuerte alza que experimentó el abstencionismo en los comicios presidenciales de 1998 (30 por ciento en comparación con 19 por ciento en 1994) y el 2002 (31 por ciento), y el crecimiento del Partido Acción Ciudadana en este último año,⁹² fueron la expresión electoral de un descontento y un desencanto que tienen, sin embargo, un trasfondo más amplio. El bipartidismo que se consolidó en Costa Rica a partir de la década de 1980 se caracterizó por una creciente afinidad ideológica entre los dos partidos mayoritarios, Liberación Nacional y la Unidad Social Cristiana, cuyas dirigencias, envueltas en graves casos de corrupción y defensoras de las políticas de libre mercado, impulsan proyectos claramente impopulares, en especial la privatización de lucrativas actividades estatales como las especificadas anteriormente.

La oposición popular a la cruzada privatizadora neoliberal, que los partidarios de tal campaña atribuyen a la "desinformación" de la población, expresa la angustia de esta última de cara a los intentos por socavar uno de los ejes de su visión de mundo: el Estado como regulador y estabilizador de la dinámica social y de la vida cotidiana. La Costa Rica del período posterior a 1950 se organizó, en efecto, en torno a un extendido sector público, garante de los derechos, empleos, ahorros, servicios sociales, propiedades y, sin duda, del futuro de sus habitantes. Los esfuerzos actuales por debilitar el aparato estatal y desregular la sociedad, además de tender a favorecer a los

sectores más acaudalados, impugnan una mentalidad colectiva; en tal contexto, al tiempo que alimentan el pesimismo y la incertidumbre, abren espacio a las opciones autoritarias, un proceso visible en el deseo mesiánico de los costarricenses de que aparezca un "hombre fuerte y decidido que ponga orden".⁹³

La apelación a un expediente como el anterior es una respuesta a la práctica de la impunidad, que las jerarquías empresariales, políticas y profesionales consolidaron como parte de su cultura de clase, cada vez más corrupta, tras la crisis de 1980; pero es también expresión de un proceso específicamente político. La creciente afinidad ideológica entre las cúpulas de los partidos mayoritarios, consolidada por el lenguaje tecnocrático con que justifican sus medidas económicas impopulares, contribuyó a un deterioro profundo de las identidades partidistas, forjadas en el curso del período 1950-1978 y cuyo origen data de la década de 1940.⁹⁴ El 30 por ciento de los simpatizantes de Liberación Nacional y el 31 por ciento de los de la Unidad Social Cristiana, según una encuesta de septiembre de 1998, afirmaron que no existían diferencias entre una organización y otra.⁹⁵

El desgaste de esas identidades, aparte de reflejar la crisis de los partidos y su condición de simples maquinarias electorales, evidencia que, a diferencia de la política de un siglo atrás, la de fines de siglo XX carece de toda utopía social y cultural. La falta de esta última activó una ideología del tiempo según la cual el pasado siempre fue mejor, el presente es malo y el futuro será peor.⁹⁶ Las edades de oro, imaginadas por escritores e intelectuales, entre 1880 y 1940, tenían un componente temporal de este tipo; pero el antaño mítico solía estar en función -implícita o explícitamente- de un porvenir utópico. El neoliberalismo ha sido incapaz de proporcionar una promesa de esta índole que sea culturalmente apropiable por la sociedad en su conjunto.

El 72 por ciento de los costarricenses consultados en una encuesta efectuada en abril de 1998, al preguntárseles quién debería tener más poder en el país, el Estado o la empresa privada, contestaron que el primero; en otro estudio similar, que se verificó entre agosto y septiembre del año indicado, el 62 por ciento de los entrevistados prefirió un aparato estatal "fuerte y grande" a un sector empresarial de tales características (únicamente un 28 por ciento se manifestó a favor de esta última opción).⁹⁷ La ilusión de volver a la edad de oro de 1950-1978, y el intento por aferrarse a lo que queda de esa época, expresan sin duda la búsqueda por parte de la mayoría de la población de seguridades y certidumbres que se vislumbran en el pasado, pero no en el presente ni en el futuro.

EPÍLOGO

La municipalidad de San José efectuó un censo en 1904 en el cual algunos de los encuestados (en cuenta artesanos y obreros), al preguntárseles su nacionalidad, contestaban: "costarricense, por dicha". Los ticos de vísperas del siglo XXI, aunque todavía expresan -especialmente en presencia de extranjeros- que su país es "pura vida", juzgan de manera muy distinta a su sociedad. La Costa Rica que se perfila en una encuesta de opinión efectuada en 1997 es esencialmente corrupta, viciosa, insegura y falta de valores, un resultado similar al de las encuestas que divulgó *La Nación* en febrero y octubre de 1999;⁹⁸ en tal marco, no asombra que el abstencionismo se elevara de 19 a 30 por ciento entre los comicios de 1994 y 1998, y a 31 por ciento en el 2002, y que en estas dos últimas elecciones supusiera casi un tercio del electorado.

La incertidumbre y el pesimismo con que los costarricenses actuales visualizan el futuro de su país es producto de los

cambios experimentados a partir de 1980, que contradijeron cada vez más los contenidos asociados con la identidad nacional. La urbanización creciente, los cambios en las relaciones de género, la visibilización en la esfera pública de la diversidad étnica y de la violencia doméstica y la consolidación de una cultura clasista expresada en patrones de consumo diferenciados, segregación residencial, privatización de servicios públicos y prácticas de corrupción impune, se contrapusieron a la Costa Rica imaginada: una república agraria, blanca, pacífica e igualitaria, que se consideraba a sí misma como una virtuosa familia solidaria y tradicional, cuyo destino era avanzar por dos vías paralelas y complementarias, la de la justicia social y la del perfeccionamiento de su democracia.

La cuestión social, cuya primera invención data de las décadas de 1880 y 1890, fue reconfigurada otra vez a fines del siglo XX, al adquirir varias dimensiones específicas: una de género, dado que las familias más pobres usualmente están encabezadas por una mujer, abandonada por su esposo o madre soltera; una étnica, vinculada con la mayor pobreza que caracteriza a las provincias de Guanacaste, Puntarenas y Limón y a los inmigrantes centroamericanos, sobre todo a los nicaragüenses; y una generacional ya que ancianos y niños víctimas del abandono son las caras visibles de la miseria en una "patria" cada vez más urbanizada.

Las variadas cuestiones sociales que distinguen a la Costa Rica de finales del siglo XX han contribuido a pluralizar, en diversos sentidos (de género, geográficos, étnicos y generacionales), la concepción de la sociedad costarricense; pero no han aportado todavía nuevos y decisivos contenidos simbólicos a la identidad nacional. La fuerte asociación entre esta última y la justicia social, que empezó a configurarse un siglo atrás, no tiene un equivalente en la década de 1990, caracterizada por el lamento por una edad de oro perdida (el período

1950-1978) y sin el consuelo de un futuro utópico, para el cual existe poco espacio en un mundo globalizado.

La globalización que se consolidó en el último cuarto del siglo XX puede ser definida como una fase específica del capitalismo, en la cual la transnacionalización creciente del capital, y su capacidad para desplazarse entre los distintos países, contrasta con las opciones del grueso de los consumidores y trabajadores, atrapados todavía en mercados territorialmente delimitados, cuyos Estados perdieron -unos más que otros, por supuesto- control sobre la planificación económica y una dinámica capitalista que es poco o nada ventajosa para la mayoría de la población mundial. La cultura de masas transnacional, que es parte de tales procesos, extiende sus modelos globalizados de consumo a costa de la diversidad cultural del planeta, en cuenta de las identidades nacionales.⁹⁹ Costa Rica no es una excepción: el resultado de una encuesta efectuada en octubre de 1998 a jóvenes urbanos detectó que

"en cuanto a qué significa ser costarricense, un 35 por ciento de los consultados en la zona urbana marginal no pudo emitir criterio y los que sí lo hicieron afirmaron que era motivo de 'orgullo' y sinónimo de 'libertad'. Esa falta de claridad sobre la identidad nacional podría vincularse con el tema de adónde les gustaría ir fuera del país. En la zona urbana marginal y en la encuesta nacional la respuesta fue la misma: Estados Unidos y una nación europea."¹⁰⁰

La Costa Rica de 1900 encontró, en los intersticios dejados por las fuerzas económicas y políticas mundiales, que entonces no eran tan avasalladoras como lo son un siglo después,

espacios suficientes para construir opciones afines con la justicia social y la democracia política. La globalización actual, la rapacidad de la clase dominante y la desaparición de las vanguardias intelectuales identificadas con las aspiraciones y reivindicaciones populares estrechan al máximo los márgenes de maniobra de la sociedad en su conjunto. La mayoría de los costarricenses de vísperas del siglo XXI, cuya identidad nacional experimenta una transformación profunda, comparte una visión de mundo que, más allá de un superficial "pura vida", tiene por ejes el pesimismo, la desesperanza y la incertidumbre.

* * * * *

El país, estremecido por amplias protestas sociales en 1995 contra la reforma de la ley de pensiones del magisterio nacional, lo sería de nuevo en el 2000 por manifestaciones contra el proyecto para privatizar el Instituto Costarricense de Electricidad (ICE). La población, un año después de esta última explosión social y según una encuesta publicada en agosto del 2001, veía con preocupación el alto costo de la vida, el crimen, la violencia y el desempleo, y se sentía insegura sobre su porvenir. La mayoría de los entrevistados expresó que Costa Rica estaba peor en comparación con el año 2000 (51,5 por ciento), y que empeoraría en el 2002 (52,7 por ciento); en contraste, un 73,8 por ciento consideró que su situación personal y familiar era mejor o igual a la del 2000, y un 73,5 por ciento indicó que mejoraría o sería similar en el 2002.¹⁰¹

El desfase entre estas percepciones de lo individual y lo social tiene una base generacional, educativa y de clase: el pesimismo predomina entre los encuestados de mayor edad y menor escolaridad, y el optimismo entre los jóvenes de nivel económico y educativo más alto. El fenómeno descrito está asociado con el cambio demográfico ocurrido en el país, ya

EDITORIAL
UCR

#QuedateEnCasa

que la proporción de personas de 14 años y menos bajó de 44,1 a 36,6 por ciento entre 1973 y 1984, y a 31,9 por ciento en el 2000.¹⁰² Esto significa que la mayor parte de los adultos, en la Costa Rica de inicios del siglo XXI, configuró su visión de mundo en el período 1950-1978, lo que contribuye a explicar el rechazo del modelo neoliberal y su descontento con el rumbo seguido por su sociedad en las décadas de 1980 y 1990.

La modificación en la composición por edades no basta, sin embargo, para explicar el predominio del pesimismo. La transformación que sufrió Costa Rica tras la crisis de 1980 fue experimentada como una intensificación de la competencia (por los empresarios, especialmente los pequeños y medianos), de la explotación (por los trabajadores), del proceso laboral (por los empleados públicos),¹⁰³ y de la incertidumbre (por el conjunto de la población). Las presiones del ajuste estructural sobre la vida cotidiana, en un contexto caracterizado por cambios en la familia y las relaciones de género, el deterioro del universo urbano, la consolidación del bipartidismo y las culturas de clase, el alza de la corrupción, los sistemáticos pánicos morales desatados por la prensa,¹⁰⁴ y la tensión cada vez más aguda entre las crecientes expectativas de consumo de los costarricenses -atizadas por la publicidad- y las limitaciones que la mayoría enfrenta para satisfacerlas, condujeron inevitablemente al desencanto y a la desesperanza.

La Costa Rica de inicios del siglo XXI, cuando se mira al espejo, podría percatarse de que, entre 1950 y el 2000, la proporción de la población de 20 años y más con educación secundaria pasó de 8,4 a 39,1 por ciento; de que el peso de las personas con estudios superiores y parauniversitarios, en ese mismo período, subió de 1,9 a 18,2 por ciento;¹⁰⁵ de que su economía dejó de depender del café y el banano; de que la pobreza es limitada y el desempleo es bajo; de que su sistema democrático no sucumbió con la crisis de 1980, y de que el

ajuste estructural posterior, en comparación con otros países de América Latina, fue gradual y poco traumático socialmente.¹⁰⁶ La transición que la sociedad costarricense experimenta en su cultura, valores, vida cotidiana e identidad, sin embargo, provoca que, pese a sus logros, al mirarse, ya no se reconoce: es un país que, para utilizar los versos de Machado, "pasó", pero "no ha sido".

NOTAS

- 1 "Ticos hacia el 2000". *La Nación*, 21 de febrero de 1999, pp. 1 y 4-6 A.
- 2 Picado, Clorito, "Nuestra sangre se ennegrece dice el Dr. don Clodomiro Picado". *Obras completas*, t. VI (Cartago, Editorial Tecnológica de Costa Rica, 1988), p. 299. La carta iba dirigida al historiador Ricardo Fernández Guardia, al cual le decía Picado: "quizá Ud. cuya voz prestigiada es oída por los humanistas de valer que aun quedan en estas regiones, logre ayudar a señalar el precipicio hacia el cual nos encaminamos".
- 3 Pakkasvirta, Jussi, *¿Un continente, una nación? Intelectuales latinoamericanos, comunidad política y las revistas culturales en Costa Rica y en el Perú (1919-1930)* (Helsinki, Academia Scientiarum Fennica, 1997), p. 154.
- 4 Oficial, *Censo de población de Costa Rica 22 de mayo de 1950*, 2da. edición (San José, Dirección General de Estadística y Censos, 1975), pp. 108 y 292.
- 5 Oficial, *Censo de población de Costa Rica*, pp. 108-115.
- 6 Casement, Gray, "A Central America Arcadia". Fernández Guardia, Ricardo, *Cuentos Ticos: Short Stories of Costa Rica*, 3a. edición (Cleveland, Burrows Brothers Co., 1925), pp. 5-17.
- 7 Molina Jiménez, Iván y Fumero Vargas, Patricia, *La sonora libertad del viento. Sociedad y cultura en Costa Rica y Nicaragua (1821-1914)* (México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1997), pp. 121-156.
- 8 OFIPLAN, *Evolución socioeconómica de Costa Rica 1950-1980* (San José, Editorial Universidad Estatal a Distancia, 1982), p. 309. Castro

- Valverde, Carlos, "Estado y sectores medios en Costa Rica: redimensionamiento de un pacto social". Cuadernos de Ciencias Sociales. San José, No. 81 (1995), p. 23. Véase también: O Murillo de la, Julia María, "El crecimiento de la administración pública en el desarrollo: el caso de Costa Rica (1950-1980)" (Tesis de Licenciatura en Estudios Latinoamericanos, Universidad Nacional, 1982).
- 9 Hall, Carolyn, *Costa Rica: una interpretación geográfica con perspectiva histórica* (San José, Editorial Costa Rica, 1983), p. 299.
 - 10 Lehoucq, Fabrice, *Lucha electoral y sistema político en Costa Rica 1948-1998* (San José, Editorial Porvenir, 1997), pp. 41-43.
 - 11 INICEM, *Costa Rica. Datos e indicadores básicos*, 6a. edición (San José, INICEM, 1996), p. 7. Hall, *Costa Rica: una interpretación geográfica*, p. 286. Instituto Nacional de Estadística y Censos, IX censo nacional de población y V de vivienda: resultados generales (San José, INEC, 2001), pp. 23-31.
 - 12 Proyecto Estado de la Nación, *Estado de la nación en desarrollo humano sostenible*, 1 informe (San José, Proyecto Estado de la Nación, 1995), p. 121; ídem, *Estado de la nación en desarrollo humano sostenible*, 7 informe (San José, Proyecto Estado de la Nación, 2001), p. 335.
 - 13 Fournier, Marco Vinicio, "El caso de Costa Rica: un problema estructural" (San José, inédito, s. f.), pp. 8-9 y 26-27. Agradezco al autor por facilitarme una copia de su valioso trabajo.
 - 14 Carolyn Hall destacó tal contraste ya en 1982. Hall, *Costa Rica: una interpretación geográfica*, p. 289.
 - 15 Oficial, *Censo de población de Costa Rica. 1950*, pp. 108 y 292. Instituto Nacional de Estadística y Censos, IX Censo nacional de población, p. 9; ídem, "Cifras básicas sobre fuerza de trabajo. Julio 2001". Encuesta de hogares de propósitos múltiples. San José, No. 6 (noviembre, 2001), cuadro 7.
 - 16 Rojas, Margarita, Ovarés, Flora, Santander, Carlos y Carballo, María Elena, *La casa paterna. Escritura y nación en Costa Rica* (San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1993), p. 264.
 - 17 Rojas, Margarita y Ovarés, Flora, *100 años de literatura costarricense* (San José, Ediciones Farben, 1995), pp. 155-252. Zavaleta, Eugenia, Los inicios del arte abstracto en Costa Rica 1958-1971 (San José, Museo de Arte Costarricense, 1994).
 - 18 Céspedes, Víctor Hugo y Jiménez, Ronulfo, *La pobreza en Costa Rica. Concepto, medición, evolución* (San José, Academia de Centroamérica, 1995), p. 50.

- 19 Barahona, Manuel Antonio, "El desarrollo social". Quesada, Juan Rafael, comp., *Costa Rica contemporánea: raíces del estado de la nación* (San José, Proyecto Estado de la Nación, 1997), p. 161. Céspedes y Jiménez, *La pobreza en Costa Rica*, pp. 51-66. Proyecto Estado de la Nación, *Estado de la nación en desarrollo humano sostenible*, 7 informe, p. 90. Instituto Nacional de Estadística y Censos, "Cifras básicas sobre pobreza e ingreso. Julio 2001". *Encuesta de hogares de propósitos múltiples*. San José, No. 6 (noviembre, 2001), cuadro 1. Clark, Mary A., *Gradual Economic Reform in Latin America. The Costa Rican Experience* (Albany, State University of New York Press, 2001), pp. 112-115.
- 20 Céspedes y Jiménez, *La pobreza en Costa Rica*, p. 103. Instituto Nacional de Estadística y Censos, "Cifras básicas sobre pobreza e ingreso", cuadro 6. La distribución, según los datos del Estado de la Nación, sería ligeramente distinta: 3,8 por ciento para los más pobres, 45 por ciento para los sectores medios y 51,3 por ciento para los más ricos. Proyecto Estado de la Nación, *Estado de la nación en desarrollo humano sostenible*, 7 informe, p. 332.
- 21 Calvo Coin, Luis Alberto, "La metodología utilizada actualmente en Costa Rica para calcular los índices de pobreza". *Revista de Ciencias Sociales*. No. 82 (diciembre de 1998), pp. 151-165.
- 22 Para una aproximación a esta problemática, véase: González, Alfonso y Solís, Manuel, *Entre el desarraigo y el despojo... Costa Rica en el fin de siglo* (San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2001), p. 53.
- 23 Edelman, Marc, *Peasants Against Globalization. Rural Social Movements in Costa Rica* (Stanford, Stanford University Press, 1999), pp. 87-88.
- 24 Bulmer-Thomas, Víctor, *La economía política de Centroamérica desde 1920* (San José, Banco Centroamericano de Integración Económica, 1989), pp. 413, 431 y 435.
- 25 Céspedes y Jiménez, *La pobreza en Costa Rica*, p. 57.
- 26 Proyecto Estado de la Nación, *Estado de la nación en desarrollo humano sostenible*, 7 informe, p. 65. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, Informe sobre desarrollo humano (Madrid, Ediciones Mundi-Prensa, 2001), pp. 145-148.
- 27 Aguilar, Irene, "Publicidad, empresas transnacionales y 'comercialización de sueños'". *Contribuciones*. San José, No. 26 (1996), pp. 2-9.

- 28 Fernández, Mario E., et al., "La población en Costa Rica". *Población de Costa Rica y orígenes de los costarricenses* (San José, Editorial Costa Rica, 1977), p. 338.
- 29 Castro Valverde, Carlos, "Estado y sectores medios en Costa Rica: redimensionamiento de un pacto social". *Cuadernos de Ciencias Sociales*. San José, No. 81 (1995), p. 37.
- 30 Instituto Nacional de Estadística y Censos, *IX censo nacional de población*, pp. 18-19.
- 31 Sandoval, Carlos, "Mercado publicitario y ajuste estructural en Costa Rica". *Cuadernos de Ciencias Sociales*. San José, No. 93 (1996), p. 18.
- 32 Para un análisis de los efectos de la dinámica publicitaria sobre sus propios gestores, véase: Sandoval, Carlos, "Identidades profesionales en la industria de la publicidad". *Revista de Ciencias Sociales*. San José, No. 76 (junio de 1997), pp. 149-161.
- 33 Vega, "Cambios generales en los patrones de consumo", pp. 28 y 34.
- 34 Vega, "Cambios generales en los patrones de consumo", pp. 35-36.
- 35 Molina Jiménez, Iván, "Explorando las bases de la cultura impresa en Costa Rica: la alfabetización popular (1821-1950)". Vega, Patricia, comp., *Comunicación y construcción de lo cotidiano* (San José, Departamento Ecuménico de Investigaciones, 1999), pp. 23-64.
- 36 Aguilar, "Publicidad, empresas transnacionales", p. 5.
- 37 Vega, Patricia, "Historia de la televisión en Costa Rica" (San José, Escuela de Ciencias de la Comunicación Colectiva de la Universidad de Costa Rica, 1987).
- 38 Aguilar, "Publicidad, empresas transnacionales", p. 5. El televisor blanco y negro predominaba en todas las provincias, excepto en San José y Heredia, en 1984; entre este año y el 2000, el acceso a los aparatos a color se elevó de 19,1 a 84,9 por ciento del total de hogares. Instituto Nacional de Estadística y Censos, *IX censo de población*, p. 19.
- 39 Sandoval, "Mercado publicitario y ajuste estructural", p. 22.
- 40 Vega, "Cambios generales en los patrones de consumo", p. 19.
- 41 Instituto Nacional de Estadística y Censos, "Base de datos del módulo de vivienda" (San José, Instituto Nacional de Estadística y Censos, 2000); ídem, *IX censo de población*, p. 17. Las proporciones correspondientes al 2000 podrían estar ligeramente sobrevaloradas, debido

a que la Encuesta de Hogares de ese año subestimó el total de viviendas en 11,7 por ciento. Véase también: Cuevas, Rafael, "Cultura y educación". Quesada, *Costa Rica contemporánea*, pp. 248-249. Proyecto Estado de la Nación, *Estado de la nación en desarrollo humano sostenible*, 7 informe, pp. 103-104. El acceso a Internet es más amplio de lo indicado: otras opciones incluyen locales públicos y privados donde se puede alquilar una computadora, y el servicio 900-EN LÍNEA, que permite conectarse desde la casa sin estar suscrito a Radiográfica Costarricense (RACSA), la compañía estatal que domina este mercado en Costa Rica.

- 42 Vega, "Cambios generales en los patrones de consumo", pp. 20-27. Vindas, Ileana, "Revistas Viva y Galería: la oferta cultural del mercado". *Contribuciones*. San José, No. 33 (octubre de 1998), pp. 8-30.
- 43 Sandoval, Carlos, *Sueños y sudores en la vida cotidiana. Trabajadores y trabajadoras de la maquila y la construcción en Costa Rica* (San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1997), pp. 119-129.
- 44 Proyecto Estado de la Nación, *Estado de la nación en desarrollo humano sostenible*, 1 informe, p. 121; ídem, *Estado de la nación en desarrollo humano sostenible*, 7 informe, p. 336. Véase también: "Costa Rica: ¡Ya llegamos al millón de turistas!". Viva. *La Nación*, 24 de diciembre de 1999, p. 11.
- 45 Vega, "Cambios generales en los patrones de consumo", pp. 30-31.
- 46 Torres-Rivas, Edelberto, ed., *Historia general de Centroamérica. Historia inmediata*, t. VI (Madrid, FLACSO-Comisión Quinto Centenario, 1993), p. 204.
- 47 Morales, Abelardo y Castro, Carlos, *Inmigración laboral nicaragüense en Costa Rica* (San José, FLACSO, 1999), p. 55.
- 48 Instituto Nacional de Estadística y Censos, *IX censo de población*, p. 4. Chen Mok, Mario, Rosero, Luis, et al., *Migrantes nicaragüenses en Costa Rica 2000: volumen, características y salud reproductiva* (San José, Programa Centroamericano de Población, 2000), pp. 12-13. Véase también: Rosero, Luis, "La revolución demográfica". *La Nación*, 31 de enero de 1999, p. 15 A. Para una crítica de Rosero, véase: Morales y Castro, *Inmigración laboral*, pp. 32-33.
- 49 "Apetecidas remesas a Nicaragua". *La Nación*, 26 de noviembre del 2001, p. 36 A.
- 50 "Nicaragüenses no superan los 400 mil". *La Nación*, 5 de diciembre de 1999, pp. 4 y 5 A.



#QuedateEnCasa

- 51 Alvarenga, Patricia, "Conflictiva convivencia. Los nicaragüenses en Costa Rica". *Cuadernos de Ciencias Sociales*. San José, No. 101 (1997); ídem, "La identidad amenazada: los costarricenses ante la inmigración nicaragüense". Vannini, Margarita y Kinloch, Frances, eds., *Política, Cultura y Sociedad en Centroamérica, siglos XVIII-XX* (Managua, Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica, 1998), pp. 63-70. Sandoval, Carlos, "Comunicación y etnicidad: construcción de identidades entre costarricenses y nicaragüenses en los noventa". *Reflexiones*. San José, No. 63 (octubre de 1997), pp. 29-39; ídem, comp., "¿Cómo me siento en Costa Rica? Autobiografías de nicaragüenses". *Información Documental* (San José, Instituto de Investigaciones Sociales, 2000).
- 52 Soto, Ronald, "Inmigración e identidad nacional en Costa Rica. 1904-1942. Los 'otros' reafirman el 'nosotros'" (Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad de Costa Rica, 1998), pp. 262-459.
- 53 Soto, "Inmigración e identidad nacional", p. 459.
- 54 Morales y Castro, *Inmigración laboral*, p. 136. Alvarenga, Patricia, "Trabajadores inmigrantes en la caficultura". *Cuaderno de Ciencias Sociales*. San José, No. 116 (2000), pp. 9-54.
- 55 Cortés, María Lourdes, "Literatura hecha imagen". *La Nación*. Áncora, 31 de enero de 1999, p. 6.
- 56 Instituto Nacional de Estadística y Censos, "Estudio de los grupos étnicos en el censo 2000" (San José, Instituto Nacional de Estadística y Censos, 2001), pp. 5 y 8. El 70 por ciento de los indígenas estaba asentado en las provincias de Guanacaste, Puntarenas y Limón en el 2000; y en ese mismo año, el 74,4 de la población negra vivía en territorio limonense. Los estudios sobre la pobreza en Costa Rica curiosamente no incorporan la variable étnica.
- 57 Palmer, "Racismo intelectual en Costa Rica y Guatemala", pp. 99-121.
- 58 Bozzoli María Eugenia, Ibarra, Eugenia y Quesada, Juan Rafael, *12 de octubre, día de las culturas. Costa Rica pluricultural* (San José, Asamblea Legislativa, 1996). Para un eco literario y postmodernista de las preocupaciones de estos y otros autores, véase: Acuña, Víctor Hugo, "Elogio del inmigrante". *La Nación*. Áncora, 19 de setiembre de 1999, pp. 1-2.
- 59 Rojas y Ovares, *100 años de literatura*, pp. 131-140 y 232. Powell, Lorein, "En la rosa viene un barco. Estudio del racismo en la novela costarricense Cocorí". *Dos estudios sobre racismo y diáspora negra. Cuadernos de aportes teóricos de Temas de Nuestra América*. Heredia, No. 1 (1987), pp. 73-120.

- 60 Molina, Iván y Palmer, Steven, *Educando a Costa Rica. Alfabetización popular, formación docente y género (1880-1950)* (San José, Plumsock Mesoamerican Studies y Editorial Porvenir, 1999), p.
- 61 Palmer, Paula, *Wa'apin man. La historia de la costa talamanca de Costa Rica según sus protagonistas* (San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1994), p. 374.
- 62 Rodríguez Sáenz, Eugenia, "La redefinición de los discursos sobre la familia y el género en Costa Rica (1890-1930)". *População e Família*. São Paulo, 2: 2 (jul.-dez., 1999), pp. 147-182
- 63 Briceño, et. al, "Pobreza urbana en Costa Rica", t. I, pp. 110-111.
- 64 Mora, Virginia, "Los oficios femeninos urbanos en Costa Rica, 1864-1927". *Mesoamérica*. 15: 27 (junio de 1994), pp. 127-155. Molina y Palmer, *Educando a Costa Rica*, caps. 2 y 3.
- 65 Mora, "Rompiendo mitos y forjando historia", pp. 237-248. Fischel, Ástrid, "Estado liberal y discriminación sexista en Costa Rica". *Revista de Ciencias Sociales*. San José, No. 65 (setiembre de 1994), pp. 29-30.
- 66 Rodríguez Sáenz, Eugenia, "Inventando el día de la madre en Costa Rica: 1890-1932". *Reflexiones*. San José, No. 75 (octubre de 1998), pp. 33-42.
- 67 Camacho, Lorena y Flores, Lorena, "Un movimiento de mujeres en desarrollo". *Movimiento de mujeres en Centroamérica* (Managua, Programa Regional "La Corriente", 1997), pp. 462-468.
- 68 Rojas y Ovares, *100 años de literatura*, p. 140.
- 69 Palmer, Steven y Rojas Chaves, Gladys, "Educating Señorita: Teacher Training, Social Mobility, and the Birth of Costa Rican Feminism, 1885-1925". *Hispanic American Historical Review*. 78: 1 (February, 1998), pp. 76-81.
- 70 Cuevas, Rafael, *El punto sobre la í. Políticas culturales en Costa Rica (1948-1990)* (San José, Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1996), pp. 228-230.
- 71 Felton, Sally R., "Feminist Visions. Four Women Artists in Costa Rica". Leitingner, Ilse Abshagen, ed., *The Costa Rica Women's Movement. A Reader* (Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1997), pp. 248-261. Stock, Ann Marie, "On Location in Costa Rica: Critical Construccions of Latin American Cinema" (Ph. D. Thesis, University of Minnesota, 1993), pp. 65-132. Cortés, María Lourdes, "La Pasión de Hilda Hidalgo". *La Nación*. Áncora, 10 de enero de 1999, pp. 1-2.

- 72 Rodríguez Sáenz, Eugenia, *Hijas, novias y esposas. Familia, matrimonio y violencia doméstica en el Valle Central de Costa Rica (1750-1850)* (Heredia, Plumsock Mesoamerican Studies y Editorial Universidad Nacional, 2000), pp. 111-153.
- 73 Proyecto Estado de la Nación, *Estado de la nación en desarrollo humano sostenible*, 2 informe (San José, Proyecto Estado de la Nación, 1996), p. 163; ídem, *Estado de la nación en desarrollo humano sostenible*, 4 informe (San José, Proyecto Estado de la Nación, 1998), p. 217; ídem, *Estado de la nación en desarrollo humano sostenible*, 7 informe, p. 278.
- 74 Rosero, "La revolución demográfica", p. 15 A. Ministerio de Planificación, "Organización familiar: matrimonios, divorcios, nacimientos y pensiones alimenticias. Período: 1975-2000", <http://www.mideplan.go.cr/sides/social/08-01.htm>. Chen Mok, Mario, Rosero, Luis, et al., *Salud reproductiva y migración nicaragüense en Costa Rica 1999-2000: resultados de una encuesta nacional de salud reproductiva* (San José, Programa Centroamericano de Población, 2000), p. 87. Fauné, María Angélica, *Mujeres y familias centroamericanas. Principales problemas y tendencias*, t. III (San José, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, 1995), pp. 59, 67 y 92. Instituto Nacional de Estadística y Censos, "Cifras básicas sobre pobreza e ingreso", cuadro 4. La proporción de personas en unión libre en 1999 se calculó con base en mujeres de entre 18 y 44 años.
- 75 Fernández, "La población de Costa Rica", p. 322. Instituto Nacional de Estadística y Censos, "Cifras básicas sobre fuerza de trabajo", cuadro 1. Sobre el impacto del creciente empleo femenino en las identidades masculinas, véase: Chant, Sylvia, "Men in Crisis? Reflections on Masculinities, Work and Family in Northwest Costa Rica". *European Journal of Development Research*. 12: 2 (December, 2000), pp. 199-218.
- 76 Para tres valiosas excepciones, véase: Fauné, *Mujeres y familias*, pp. 51-57. Sandoval, *Sueños y sudores en la vida cotidiana*, pp. 169-206. Guzmán, Laura, "Género, violencia y derechos humanos: el caso de las trabajadoras de la maquila centroamericana" (Ponencia presentada en el IV Congreso Centroamericano de Historia, celebrado en Managua, Nicaragua, del 14 al 17 de julio de 1998), pp. 1-30.
- 77 Guzmán, "Género, violencia y derechos humanos", p. 21.
- 78 Molina y Lehoucq, *Urnas de lo inesperado*, pp. 102-104. Rodríguez Sáenz, Eugenia, "'Nicolasa, ¿hábrase visto cosa igual?...'. Los discursos sobre mujeres y participación política en Costa Rica (1910-1948)". *Revista Parlamentaria*. San José, 7: 1 (abril de 1999), pp. 85-122.

- 79 Moreno, Elsa, *Mujeres y política en Costa Rica* (San José, FLACSO, 1995). Schifter, Jacobo y Madrigal, Johnny, *Las gavetas sexuales del costarricense y el riesgo de infección con el VIH* (San José, Editorial Imediex, 1996).
- 80 Quesada, Jorge Arturo, *Los discursos de los políticos en Costa Rica* (San José, Editorial Universidad Estatal a Distancia, 1997).
- 81 *El caso típico son los Certificados de Abono Tributario (CATS)*. Véase: Edelman, Peasants Against Globalization, pp. 82-83 y 89. González, y Solís, *Entre el desarraigo y el despojo*, pp. 45-48.
- 82 Molina, Iván y Palmer, Steven, *Historia de Costa Rica. Breve, actualizada y con ilustraciones* (San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1997), pp. 95-97 y 112. Sobre la conversión de los liberacionistas en neoliberales, véase: Solís, Manuel, *Costa Rica: ¿reformismo socialdemócrata o liberal?* (San José, FLACSO, 1992), pp. 17-30.
- 83 Vega, Mylena, "Cambios en la sociedad costarricense en las décadas de los ochenta y noventa". *Anuario de Estudios Centroamericanos*. San José, 22: 2 (1996), p. 136.
- 84 Ministerio de Planificación, "Instituciones educativas según: niveles de enseñanza y tipo de dependencia. Período: 1960, 1970, 1975, 1980, 1990-2000", <http://www.mideplan.go.cr/sides/social/04-10.htm>. Véase también: ídem, Principales indicadores de Costa Rica (San José, Ministerio de Planificación Nacional y Política Económica, 1998), pp. 30 y 53. Vega, Mylena, "Cambios en la sociedad costarricense", pp. 138-139.
- 85 Palmer, Steven, "Prolegómenos a toda historia futura de San José, Costa Rica". *Mesoamérica*. No. 31 (junio de 1996), pp. 202 y 210-213. Molina y Fumero, *La sonora libertad del viento*, pp. 121-156.
- 86 Picado Michalski, Teodoro, *La escuela y la democracia costarricense. Informe para la Segunda Conferencia Interamericana de Educación reunida en Santiago de Chile* (Santiago, Imprenta Lagunas, Quedate y Cía, 1934), p. 5.
- 87 Arce Heide, Fallas, Carlos Luis y Ureña, Javier, "Profesores de Estudios Sociales: docencia, movilidad social e identidad cultural en la segunda mitad del siglo XX" (Memoria de Graduación, Universidad de Costa Rica, 1999).
- 88 "Sueldazo presidencial". *La Nación*, 17 de julio de 1999, p. 19 A.
- 89 Molina y Palmer, *Historia de Costa Rica*, pp. 115-120. Sobre el caso del Anglo, véase: Raventós, Ciska, "Construcciones y especulaciones

en torno al 'descalabro financiero' del Banco Anglo Costarricense". *Revista de Ciencias Sociales*. San José, No. 68 (junio de 1995), pp. 41-54. Muñoz, Mercedes, "Narcotráfico, democracia y soberanía nacional en Costa Rica". *Anuario de Estudios Centroamericanos*. San José, 25: 2 (1999), pp. 33-47. Véase además el interesante análisis de González y Solís, *Entre el desarraigo y el despojo*, pp. 35-226.

- 90 Vargas, Thelmo, "¿Qué queremos, y qué no, del Estado?" *Revista Parlamentaria*. San José, 3: 2 (agosto de 1995), pp. 56-57. El cálculo de Vargas no incluye el gasto de las empresas estatales constituidas como sociedades anónimas.
- 91 Jiménez, Alexander M., Oyamburu, Jesús y González, Miguel Ángel, comps., *La percepción de lo político en Costa Rica* (Heredia, Editorial Fundación UNA, 1998). Molina Jiménez, Iván, "Los intelectuales perciben lo político en Costa Rica". *Revista de Ciencias Sociales*. San José (en prensa). Véase también: Jiménez, Alexander, "Ese país en donde nunca estuvimos (cultura y sociedad en Costa Rica, 1980-1995)". *Revista de Filosofía*. San José, XXXV: 86 (1997), pp. 161-168.
- 92 Rovira Mas, Jorge, "Elecciones en Costa Rica 1998: ¿se debilita el bipartidismo?". *Contribuciones*. San José, No. 33 (octubre de 1998), p. 47. Véase también: ídem, ed., *La democracia de Costa Rica ante el siglo XXI* (San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2001). "Pacheco y Araya van a otra ronda". *La Nación*, 4 de abril del 2002, pp. 6-7 A.
- 93 "Ticos piden 'hombre fuerte'". *La Nación*, 14 de julio de 1999, p. 18 A.
- 94 Molina y Lehoucq, *Urnas de lo inesperado*, pp. 143-190.
- 95 Proyecto Estado de la Nación, *Estado de la nación en desarrollo humano sostenible*, 5 informe (San José, Proyecto Estado de la Nación, 1999), p. 248.
- 96 Palmer, Steven, "Las bellezas de la Costa Rica de antaño". *Actualidades del CIHAC*. 2: 6 (febrero de 1996), p. 3.
- 97 Proyecto Estado de la Nación, *Estado de la nación en desarrollo humano sostenible*, 5 informe, p. 252.
- 98 Proyecto Estado de la Nación, *Estado de la nación*, 4 informe, p. 235. "Ticos hacia el 2000". *La Nación*, 21 de febrero de 1999, pp. 1 y 4-6 A. "Ticos pesimistas ante el futuro". *La Nación*, 22 de octubre de 1999, p. 16 A.
- 99 Hobsbawm, Eric, *Age of Extremes. The Short Twentieth Century 1914-1991* (London, Abacus, 1995), pp. 513-514 y 570-575.

- 100 "Familia: meta de la juventud". *La Nación*, 7 de febrero de 1999, p. 5 A.
- 101 Unimer-La Nación, "Encuesta opinión pública Unimer-La Nación julio-agosto 2001", http://www.nacion.com/ln_ee/encuestas/unimer/08-2001/parte2.html.
- 102 Instituto Nacional de Estadística y Censos, *IX censo nacional de población*, p. 7. El incremento en la proporción de la población adulta supuso que la relación de dependencia entre quienes trabajan y los que no lo hacen pasara de 70 a 60 personas entre 1984 y el 2000, baja que se acentuará en las próximas décadas. Las potencialidades de este "bono demográfico", sin embargo, están fuertemente condicionadas por la cultura y visión de mundo de los costarricenses de 30 años y más. Proyecto Estado de la Nación, *Estado de la nación en desarrollo humano sostenible*, 7 informe, pp. 51-54.
- 103 Trejos, María Eugenia, "Centroamérica: calidad total y poder en la empresa". *Cuaderno de Ciencias Sociales*. San José, No. 109 (1998), pp. 47-50. Sandoval, *Sueños y sudores en la vida cotidiana*, pp. 65-107.
- 104 González y Solís, *Entre el desarraigo y el despojo*, pp. 35-226.
- 105 Oficial, *Censo de población de Costa Rica*. 1950, pp. 116 y 247. Instituto Nacional de Estadística y Censos, *IX censo nacional de población*, pp. 7 y 15.
- 106 Clark, *Gradual Economic Reform*, pp. 135-146.

UCR
Ejemplar sin
valor comercial



#QuedateEnCasa



#QuedateEnCasa



EDITORIAL
UCR

Ejemplar sin
valor comercial

ACERCA DEL AUTOR

Iván Molina Jiménez. Catedrático, profesor de la Escuela de Historia e investigador del Centro de Identidad y Cultura Latinoamericanas (CICLA) de la Universidad de Costa Rica. Autor de numerosos libros y artículos en el ámbito de la Historia de Costa Rica.



#QuedateEnCasa

La licencia de este libro se ha
otorgado a su comprador legal.

Valoramos su opinionion. Por favor
[comente esta obra](#)



Adquiera más de nuestros
libros digitales en la [Librería UCR virtual](#)

LIBRERÍA
UCR

VIRTUAL



El artículo se propone analizar la transición social y cultural de la Costa Rica de la segunda mitad del siglo XX. Un conjunto de cambios, algunos de ellos muy profundos, que provocan que el costarricense de inicios del siglo XXI, cuando se mira al espejo, no se reconozca. La transición que la sociedad costarricense experimenta en su cultura, valores, vida cotidiana e identidad, propicia que el costarricense, pese a los logros sociales y económicos, al mirarse ya no se reconozca: es un país que, para utilizar los versos de Machado, “pasó”, pero “no ha sido”.

ISBN 978-9977-67-806-1



9 789977 678061

Universidad de Costa Rica
Escuela de Historia
Cátedra de Historia de las Instituciones de Costa Rica